

PARTE II. llecido á principios del año 1494. Sucedióle su hijo Alfonso, príncipe mas atrevido, pero menos político que su padre, y tan odiado como éste por la crueldad de su carácter. El nuevo rey no perdió tiempo en poner su reino en estado de defensa; pero le faltaba la mejor de todas las defensas, el afecto de sus súbditos. Favorecian su causa la república florentina y el Papa, cuya familia se había enlazado por casamiento con la sangre real de Nápoles. Venecia se mantenía á la expectativa, segura en su lontananza, y sin querer comprometer sus intereses por una declaración precipitada en favor de ninguna de las partes.

La que produjo en Europa, y especialmente en España.

Las potencias europeas miraban la expedición de Carlos VIII con sentimientos algun tanto diferentes: á la mayor parte no desagradaba ver á un príncipe tan formidable consumir sus fuerzas en una expedición lejana y quimérica; Fernando, sin embargo, miraba con mayor ansiedad un suceso que podía concluir por derrocar á la rama napolitana de su familia y poner á un vecino poderoso y activo en contacto con sus propios estados de Sicilia. Así que, inmediatamente procuró alentar el ánimo abatido del Papa prometiéndole su apoyo. Estaba entonces por su embajador en la corte de Roma Garcilaso de la Vega, padre del ilustre poeta de este nombre, de quien el lector tiene ya noticia por los hechos de armas que de él se han referido en la guerra de Granada. Garcilaso reunía, á una sagacidad política extraordinaria, una firmeza de carácter que no podía menos de infundir aliento en el ánimo de los demás. Instó al Papa á que confiase en su amo el rey de Aragón, protestándole que éste emplearía todos sus recursos, si necesario fuese, para proteger su persona, su dignidad y estado. Hubiera querido Alejandro que se le diese esta promesa firmada por Fernando; pero este no creyó conveniente, en la situación delicada de sus relaciones con Francia, entregarse en tanto grado á merced del sagaz Pontífice²².

Preparativos de Carlos.

Entretanto, los preparativos de Carlos se continuaban con la flojedad é indecisión que naturalmente resultan de los pareceres encontrados juntos con numerosas dificultades. "No había á mano nada de

²² Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 1, cap. 28.—Bembo, Istoria Vini-ziana (Milano, 1809), t. 1, lib. 2, pági- nas 118, 119.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quincuagena 3, diál. 43.

lo que se necesita para una guerra," dice Comines. El rey era muy jóven, débil de cuerpo, de voluntad obstinada, y estaba rodeado de pocos consejeros prudentes, y totalmente desprovisto de los fondos necesarios²³. Y sin embargo, agujoneaban su impaciencia los jóvenes caballeros de la corte, ansiosos de tener ocasion de adquirir prez y fama, y las representaciones de los emigrados napolitanos que con su proteccion esperaban reponerse en el goce de los títulos y honores de su patria. Varios de éstos, impacientados con las dilaciones que experimentaban, llegaron á proponer al rey Fernando que tomara para sí aquella empresa, alegando sus legítimos derechos á la corona de Nápoles, que le aseguraron hallarian en el país un gran partido dispuesto á sostenerlos. Pero aquel prudente monarca sabia cuán poco habia que fiar en las ofertas y cálculos de los desterrados, cuyas imaginaciones fácilmente exageran la suma verdadera del descontento y contrariedad que existe en su país. Pero aunque no habia llegado aún el tiempo de hacer ver su mejor derecho á aquella corona, estaba resuelto á no tolerar las pretensiones de ningun otro príncipe²⁴.

Carlos estaba tan lejos de sospecharlo, que en el mes de Junio despachó un enviado á la corte de España para pedir á Fernando que, en cumplimiento del tratado de Barcelona, le ayudara con gente y con dinero y admitiera en sus puertos de Sicilia á la armada francesa. "Hacia esta graciosa proposición, dice el historiador aragonés, declarando la expedición que tenia proyectada contra los turcos, y manifestando incidentalmente, como cosa de ninguna importancia, su intento de tomar de paso á Nápoles²⁵.

Fernando se convenció de que habia llegado el tiempo de proceder á una declaración explícita con la corte de Francia; y para hacerla de la manera menos ofensiva que fuese posible envió una embajada especial. La persona elegida para este delicado encargo fué D. Alon-

El rey de España envía un embajador á la corte de Francia.

²³ Comines, Mémoires, libro 7, introducción.

²⁴ Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 1, cap. 20.—Pedro Mártir, Opus. Ep., ep. 123.—Comines, Mémoires, libro 7, chap. 3.—Mariana, Hist. de España, lib. 26 cap. 6.—Zurita concluye la relacion de las razones que movieron

á Fernando á no acometer esta empresa con una que puede considerarse como el resumen de todas: "El rey entendia bien que no era tan fácil la causa que se proponia." Lib. 1, cap. 20.

²⁵ Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 1, cap. 31.

PARTE II. so de Silva, hermano del conde de Cifuentes, y clavero de la orden de Calatrava, sugeto dotado de la serenidad y destreza necesarias para el buen desempeño de las negociaciones diplomáticas ²⁶.

El embajador declara las intenciones de Fernando.

Llegó el embajador á la corte de Francia, que se encontraba á la sazón en Viena, en medio de todo el afán de los preparativos para la inmediata partida; y habiendo procurado en vano lograr una audiencia particular del rey Carlos, tuvo al fin que manifestarle en presencia de sus cortesanos el objeto de su embajada. Le hizo presente la satisfacción con que el rey de España había sabido la empresa que preparaba contra los infieles, porque no había cosa alguna que diera mayor contento á su señor que el ver á los reyes sus hermanos emplear sus armas y gastar sus rentas en combatir á los enemigos de la fe, objeto en que los reveses mismos eran mas gloriosos que los triunfos en otras guerras; le ofreció el auxilio de Fernando para la prosecucion de tales empresas, aun cuando se dirigieran contra los mahometanos de África, á pesar de que por la bula de Su Santidad tenía España el derecho esclusivo de conquista sobre estos países; y rogó al rey que no empleara las fuerzas destinadas á tan glorioso fin en atacar á ninguno de los príncipes de Europa, reflexionando cuán grave escándalo habria de producir necesariamente semejante hecho en todas las naciones cristianas; y en particular le hizo entender lo arriesgado que seria el intentar nada contra Nápoles, porque este reino era feudo de la Iglesia, en cuyo favor se había puesto una escepcion terminante en el tratado de Barcelona, por el cual se reconoció que la alianza y proteccion de la Silla Apostólica era sobre todas las demas obligaciones. Al discurso de Silva contestó el presidente del parlamento de Paris con una grave oracion latina, en que sostenia en general el derecho de Carlos á la corona de Nápoles, y manifestaba la resolucion de aquel rey de llevarle á efecto antes de emprender su cruzada contra los infieles. Y apenas se hubo concluido el acto, el rey se levantó, saliéndose precipitadamente de la sala ²⁷.

²⁶ Oviedo da noticia de los Silvas, éste, llamado D. Alonso, le pinta como que eran tres hermanos, todos nobles hombre de muy claro entendimiento. caballeros, de honor sin mancilla, notables por la amabilidad de su trato, por Quinc., MS., bat. 1, quincuagena 4. la cultura y cortesania de sus modales, ²⁷ Zurita, Hist. del rey Hernando, y por la magnificencia de su estado. A lug. cit.

Algunos dias despues preguntó al embajador de España, si por ventura su señor, en caso de una guerra con Portugal, no se creeria con derecho á pedir la cooperacion de Francia, en virtud de las estipulaciones del último tratado; y en tal caso que con qué fundamento podria esta potencia dejar de cumplirlo. A la primera de estas proposiciones contestó el embajador que podria pedirla si se trataba de una guerra defensiva, pero no en el caso de una guerra ofensiva que uno mismo hubiera suscitado: esplicacion por cierto nada agradable para el rey frances, á quien parece que no había ocurrido ni remotamente que pudiera tener semejante interpretacion aquel tratado, y que fiaba en él como en prenda indudable de que Fernando, ya que no le ayudase, no se mezclaria en estorbar sus proyectos contra Nápoles. La cláusula tocante á los derechos de la Iglesia era tan comun en los documentos de esta especie, que ni siquiera se había reparado en ella; y Carlos se quedó asombrado al ver la estension que se le iba á dar, y que dejaba sin efecto el único fin que se propuso al ceder el Rosellon. No pudo disimular su disgusto é indignacion por esta conducta, que á sus ojos era una perfidia de la corte de España, ni quiso volver á oír á Silva, y aun le puso guardias en la puerta de su casa para impedirle toda comunicacion con sus súbditos, tratándole no como á embajador de un aliado, sino como á agente de un enemigo con quien estuviera en guerra declarada ²⁸.

La actitud inesperada y amenazadora que tomó Fernando no fué sin embargo bastante á detener las operaciones del frances, el cual, concluidos sus preparativos, movió su campo de Viena en el mes de Agosto de 1494, y cruzó los Alpes á la cabeza de la hueste mas formidable que hubiera pasado por aquellos montes desde la irrupcion de los bárbaros septentrionales ²⁹. No hay para qué seguir uno por

²⁸ Zurita, Hist. del rey Hernando, lib. 1, cap. 31, 41.

²⁹ Villeneuve, Mémoires, en Petittot, Collection des Mémoires, t. xiv, pp. 255, 256.

El ejército frances se componia de 3,600 hombres de armas, 20,000 hombres de infantería francesa, y 8,000 suizos, sin contar los empleados ordinarios

de un campo bien ordenado. (Sismondi, Républiques Italiennes, t. xii, p. 132.)

El lucimiento y novedad de su aparato produjo tal admiracion, que en cierto modo mitigó el terror de los italianos. Pedro Mártir, que alejado del lugar de la escena, podia contemplar con mas serenidad los efectos de los sucesos, consideraba con prevision profética la gran-

PARTE II. uno todos sus movimientos; baste decir que su conducta fué en un todo imprudente, así en cuanto al espíritu que la guiaba, como por falta de una política discreta: se enajenó las voluntades de sus aliados por los actos mas manifiestos de perfidia, apoderándose de sus fortalezas y entrando en sus capitales con toda la arrogancia é insolente ostentacion de un conquistador. En cuanto se supo que se aproximaba á Roma, el Papa y los cardenales se refugiaron en el castillo de Santángelo, y á 31 de Diciembre entró Cárlos en la ciudad á la cabeza de su victoriosa caballería, si victoriosa podia llamarse cuando, como advierte un historiador italiano, no habia roto una lanza, ni derribado una tienda en toda su marcha³⁰.

Método de
guerrear de los
italianos.

Quedáronse asombrados los italianos al ver unas tropas tan diferentes de las suyas y tan superiores en organizacion, en arte militar y en los pertrechos de guerra que traian, y aun mas al observar en ellas cierta bravura impávida y feroz de que rara vez habian visto ejemplo en sus contiendas intestinas. En Italia se acostumbraba á hacer la guerra por un método particular y acomodado al carácter y circunstancias de aquellos pueblos. En sus ricas y holgadas repúblicas el oficio de pelear, en vez de formar parte de la profesion ordinaria del caballero, como en otros países por aquellos tiempos, estaba confiado á unos pocos aventureros, *condottieri* que llamaban, los cuales se alquilaban con las fuerzas de su mando, compuestas únicamente de caballería cargada de hierro, á cualquiera estado que mejor los pagase. Estas fuerzas componian, por decirlo así, el capital de cada gefe militar, que tenia claramente grande interes en economizar en cuanto pudiera todo consumo inútil de su hacienda. De aquí es que casi lo único que cultivaban era el arte de la defensa, pareciendo que

deza de los males que amenazaban á su país. En una de sus cartas decia lo siguiente: "Scribitur exercitum visum fuisse nostra tempestate nullum unquam nitidiorum. Et qui futuri sunt calamitatis participes, Carolum aciesque illius ac peditum turmas laudibus extollunt; sed Italorum impensa instructas." (Opus Ep., ep. 143.) En otra concluia con esta prediccion notable: "Perimeris, Gal-

le, ex majori parte, nec in patriam redibis. Jacebis, insepultus; sed tua non restituetur strages, Italia." Epist. 123.

30 Guicciardini, Istorica, t. 1, lib. 1, p. 71.—Scipione Ammirato, Istorie Fiorentine (Firenze, 1647), p. 205.—Giannone, Istoria di Napoli, t. III, lib. 29, Int. Comines, Mémoires, lib. 7, chap. 17.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 3, diál. 43.

su objeto, mas bien que batir al enemigo, era conservarse á sí propios. Y como el interes comun de los *condottieri* fuera muy superior á todas las obligaciones contraidas con el estado á quien servian, fácilmente llegaban á entenderse entre sí para precaver de daño á sus tropas en cuanto fuera posible, y si al fin peleaban, lo hacian con poco mas riesgo personal que el que podia haber en un torneo. El hombre de armas iba forrado de planchas de acero, del grosor suficiente para resistir á una bala de fusil; y se atendia tanto á la comodidad del soldado, que para no turbar su reposo no se permitia en un sitio disparar la artillería por una ni otra parte desde que el sol se ponía hasta que volvía á salir. Los prisioneros se hacian solo para percibir su rescate, y muy poca era la sangre que se derramaba en una accion. Maquiavelo pone entre las batallas mas notables de aquellos tiempos, por las consecuencias importantes que tuvieron, las dos de Angliari, y Castracaro: la primera duró cuatro horas, y la segunda medio dia; en su descripcion el lector encuentra todo el aparato de una batalla muy reñida, durante la cual se ha perdido y vuelto á cobrar el campo varias veces; pero cuando llega á la conclusion, y busca la lista de los muertos y heridos, con gran maravilla suya no encuentra un solo muerto en la primera de aquellas acciones, y en la segunda halla solo uno, que habiendo caido del caballo, y no pudiéndose levantar por el peso de la armadura, se ahogó en el fango. Así se habia despojado á la guerra de sus peligros y horrores. No era ya esencial el valor en el soldado, y el militar italiano, afeminado, si ya no tímido, era incapaz de presentarse delante del arrojado desnudo y de la severa disciplina del guerrero del Norte³¹.

El extraordinario suceso de los franceses puede atribuirse aun mayormente al uso general y á la admirable organizacion de su infantería, cuya fuerza consistia principalmente en los mercenarios suizos. Maquiavelo atribuye en particular las desgracias de su nacion á su esclusiva confianza en la caballería³². Esta arma se consideró en toda Europa durante la edad media como la mas importante, habiéndose llegado á llamar á la caballería por escelencia "la batalla."

31 Du Bos, Histoire de la Ligue faite á Cambray (Paris, 1728), t. 1, disert. prélim.—Machiavelli, Istorie Fiorenti-

ne, lib. 5.—Denina, Rivoluzioni d'Italia, lib. 18, cap. 3.

32 Arte della Guerra, lib. 2.

PARTE II. Pero el memorable choque de Carlos el Temerario con los montañeses suizos, en el cual éstos hicieron pedazos á la célebre *ordonnance* de Borgoña, que era el cuerpo de caballería mas brillante de aquellos tiempos, probó al mundo la bondad de la infantería; y las guerras de Italia, de que estamos tratando, llegaron á restablecer por último su superioridad antigua.

Los suizos iban formados en batallones compuestos desde tres mil hasta ocho mil hombres cada uno; llevaban poca armadura defensiva, y su arma principal consistía en la pica, que tenia de largo diez y ocho piés. Formados en aquellos sólidos batallones, que cubiertos de lanzas por todos lados recibieron el nombre técnico de *erizos*, presentaban por todas partes un frente invulnerable. Puestos en campo raso y despejado arrollaban cuanto se les ponía por delante, y recibían impávidos las cargas mas terribles de la caballería cargada de acero, que venía á estrellarse en el muro impenetrable de sus picas; pero se veían muy embarazados para las maniobras rápidas y complicadas, se desordenaban fácilmente por cualquier obstáculo imprevisto ó por el terreno quebrado, y la experiencia acreditó que la infantería española, armada con espadas cortas y escudos, se metía por bajo de las largas picas de sus enemigos y los obligaba á combatir de cerca sin que pudiera en tal caso servirles de nada su arma formidable. Repetíase la antigua experiencia de la legion romana y de la falange macedoniana ³³.

Artillería de los franceses.

En la artillería estaban adelantados por entonces los franceses, no solo á los italianos, sino acaso á todas las naciones de Europa. En este ramo los italianos se hallaban en tanto atraso, que sus mejores piezas de campaña se componían de pequeños tubos de cobre cubiertos con madera y cuero; las llevaban en pesadas cureñas arrastradas por bueyes, á que seguían algunas carretas ó carros cargados de balas

³³ Machiavelli, Arte della Guerra, lib. 3.—Du Bos, Ligue de Cambray, t. 1, dis. prélim.—Giovio, Hist. sui temporis, lib. 2, p. 41.—Polibio, en la minuciosa relacion que nos dejó de esta célebre institucion militar de los griegos, hizo ya mencion de casi todas las ventajas y defectos atribuidos al *erizo* suizo

por los escritores modernos de Europa. (Véase el lib. 17, sec. 25 y siguientes.) Es singular que despues de cerca de diez y siete siglos se resucitaran aquellas armas y táctica abandonadas, para volverlas á desechar de la misma manera que en lo antiguo.

de piedra; y manejaban aquellos cañones con tanta torpeza, que los sitiados, dice Guicciardini, tenían tiempo entre disparo y disparo para reparar el destrozo que causaban. Por estas circunstancias se tenía en tan poca estima la artillería, que algunos de los escritores italianos mas autorizados en la materia juzgaron que era absolutamente inútil semejante arma en las acciones campales ³⁴.

Los franceses, por el contrario, llevaban un magnífico tren de artillería, compuesto de cañones de bronce de ocho piés de longitud y de muchas piezas menores ³⁵; los tenían montados en ligeras cureñas tiradas por caballos, con que seguían fácilmente los rápidos movimientos del ejército; con ellos lanzaban balas de hierro; y los servían con admirable habilidad, llenando de espanto á los enemigos con sus tiros numerosos y certeros, y demoliendo fácilmente las fortificaciones que antes de esta invasion se construían con poca solidez y arte ³⁶.

Los rápidos progresos de los franceses derramaron general consternacion en todos los estados de Italia, que entonces por primera vez dieron señales de conocer que tenían un interés comun, y que necesitaban conducirse con acuerdo poderoso. No se descuidó Fernando en promover estas buenas disposiciones por medio de sus ministros Garcilaso de la Vega y D. Alonso de Silva. Este último habia abandonado la corte de Carlos, retirándose á Génova, en cuanto los franceses entraron en Italia. Desde allí entabló correspondencia con Ludovico Sforza, que empezaba ya á comprender su indiscrecion de haber puesto en juego una máquina tan terrible, cuyo movimiento no podia detener, por mas perjudicial que fuera á sus intereses. Procuró Silva encender cada vez mas su enemiga contra los franceses, que ya le habian dado muchos motivos de grave disgusto, y para separarle mas eficazmente de la causa de Carlos, le animó dejándole entrever cierta esperanza de casamiento de su hijo con una de las infantas de España. Al propio tiempo no perdonó medio para efectuar un tratado de mútuo auxilio entre el duque y la república de Venecia, abrien-

Celos de Sforza contra los franceses.

³⁴ Guicciardini, Istorica, t. 1, pp. 45, 46.—Machiavelli, Arte della Guerra, lib. 3.—Du Bos, Ligue de Cambray, lug. cit.

piezas de artillería, como de cosa nueva en Italia por aquel tiempo. Istorica, pp. 45, 46.

³⁵ Guicciardini habla del nombre de *cañon*, que los franceses dieron á sus

³⁶ Giovio, Historia sui temporis, libro 2, p. 42.—Machiavelli, Arte della Guerra, lib. 7.